

2012

## Fumando con mis muertos

Alvaro Salvador

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Salvador, Alvaro (April 2012) "Fumando con mis muertos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 24.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/24>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

ÁLVARO SALVADOR

### FUMANDO CON MIS MUERTOS

La muerte nos hace pertenecer a dos mundos. Los muertos queridos, esos muertos de muerte imposible, nos acompañan, están con nosotros, nos ayudan a decidir, desdoblan los paisajes de la realidad.

Luis García Montero

A veces sueño que de nuevo fumo  
y el sueño es tan real, tan vívido, tan puro  
que puedo saborear el olor del tabaco,  
cortarlo con la mano y acunarlo en el pecho  
hasta sentirme lleno.

Después: remordimiento.  
Pena por traicionarme,  
por ser otra vez débil,  
por haberme engañado tantos años  
simulando una fuerza que no tengo.

Es recurrente el sueño  
y siempre se disipa  
dejando con el humo  
un reguero de culpa.

Ayer soñé de nuevo  
que fumaba con gusto  
y una nube de humo  
envolvía mi deseo

en un sueño distinto.

Estábamos los yernos  
con Miguel en su casa  
(yo sé que era su casa  
porque el sueño lo dice  
pero aquel patio no era  
ninguno de sus casas).  
Estábamos los yernos  
haciendo un homenaje  
a Miguel en el patio:  
cada uno un bouquet,  
un ramo, una maceta  
en aquel patio raro,  
patio o invernadero,  
donde un Miguel muy joven  
casi desconocido,  
nos mostraba orgulloso  
—como nunca lo vi—  
su pasión jardinera.  
Los cuatro hijos políticos  
con los ramos, atentos,  
y Miguel satisfecho  
repartiendo entre todos  
sus enormes cigarros  
Montecristo.

Tras la nube de humo  
esta vez no hubo angustia:  
el sueño prosiguió  
sin que yo lo advirtiera  
hasta el mágico cuarto  
de mi primera infancia.  
Era noche y verano:  
mi hermana cepillaba  
su cabellera negra  
a la luz de la luna,  
y del hermoso pelo  
saltaban las centellas  
decorando la escena,  
inquietando a Marengo,  
nuestro gato bandido.

Mi hermana era una hermosa  
muchacha adolescente  
que en mi sueño encendía  
con su pelo chispeante  
un cigarro tras otro,  
antes de acurrucarse  
junto a mí, de acunarme,  
de decirme: “No temas,  
duerme bien, niño mío.”

Después yo despertaba  
en el soñar del sueño,  
y con la ubicuidad  
que ese soñar otorga  
despertaba algo lejos  
de mi cuarto del pueblo,  
despertaba en el llano  
del campo de mi infancia.  
Mi padre, puesto en jarras,  
repartía algunas órdenes.  
Era muy de mañana  
y el ganado nervioso  
bullía en los bebederos.  
Mi padre con su *chester*  
mordido entre los labios,  
agitaba los brazos  
blancos como la tela  
de su camisa blanca,  
elásticos y largos  
como aquellos tirantes  
de cuero duro y fino  
que sostenían alzado  
el pantalón vaquero.  
No sé por qué en el sueño  
yo recordaba nítidas  
las vueltas de la prenda,  
planchadas y fraternas,  
azuladas de hogar  
y de familia.  
Serafín a su lado,  
—su capataz, su ángel—,

sostenía indolente  
en la oreja derecha  
un Caldo de Gallina.

El pastor separó los karakules  
y el ganado marchó a su pastoreo.  
Mi pade y Serafín fumaron sus cigarros,  
conversando  
con ese tono gris del hablar de los hombres.

Vuelve el humo sin culpa  
y más allá entreveo  
el Citroën Dos Caballos  
de mi hermano mayor.  
Estamos a la orilla del pantano  
y los dos aguardamos  
a que algún pez se enrede  
en el sedal o el cebo,  
mientras los dos fumamos  
muy serios, sin hablarnos.

Es otra vez el humo  
que me cerca en el sueño,  
que me aturde y me lleva  
al aire enrarecido  
de una taberna ignota.  
No conozco ese sitio,  
sin embargo, en el sueño,  
es un lugar frecuente,  
lleno de conocidos  
y de amigos cercanos.  
Puedo ver a lo lejos  
la figura cesárea  
de Pablo platicando  
entre estudiantes jóvenes;  
a José Ignacio quieto,  
sosteniendo en sus manos  
un cuadro muy hermoso  
que en nada se parece a sus  
hermosos cuadros;  
a Miguel refugiando

su mirada en el suelo,  
a Joaquín recitando  
con alegría su pena,  
a Antonio, grave y serio,  
contándole a una joven  
la aventura con otra.  
Puedo ver sus cigarros  
humeando en las manos.  
De improviso me hablan  
desde el fondo del humo,  
y es la voz de Quisquete  
que me señala un verso:  
“¡*El hablar de los hombres*  
es el mejor acierto!  
En torno a esa sentencia  
baila todo el poema.”  
Después besa a la novia  
que le entregó la noche  
y se marcha sonriendo.  
Desde mi mesa llena  
de copas y colillas  
puedo verlo alejarse  
entre los viejos maestros,  
todos en un combate  
de adjetivos e imágenes.

Ana me mira seria  
desde el papel cuché.  
Está en la fotografía  
fumando sus Ducados  
y el humo del tabaco  
la acerca a mis sentidos.  
En el sueño Ana vive  
sólo en fotografía,  
junto a su imagen late  
una leyenda viva.  
Yo sé que es un poema  
y sé que yo lo he escrito  
sin saber cuándo o cómo:

*Con más fuerza  
de la que algunos ponen en tu olvido,  
con mucha más pasión  
de la que nunca pondrán en tu cariño,  
con la misma entrega  
que pusieron en ti los que te amaban,  
yo, que siempre te quise  
con amor inconfeso,  
esta mañana de febrero pienso en ti.*

*Pienso en ti, atravesada  
por las siete espadas  
del dolor,  
pienso en ti aterida  
por el frío del miedo,  
pienso en ti recogida  
en tus orígenes  
al amparo del mal,  
desde las cien fotografías  
con las que me dijiste adiós.*

*Y con la misma pasión  
de aquellos que te amaron sin reparos,  
esta mañana fría de febrero  
pienso en ti.*

A veces sueño que de nuevo fumo  
y el sueño es tan real, tan vívido, tan puro  
que puedo saborear el olor del tabaco,  
cortarlo con la mano y acunarlo en el pecho  
hasta sentirme lleno.

A veces sueño que de nuevo fumo  
y entre el humo oloroso de mi vida pasada  
los muertos de mi muerte me visitan,  
me hablan, me recuerdan.

Ellos me aclaran que la muerte suya  
no es mejor ni peor que nuestra vida,  
sólo lamentan no poder a veces  
estar aquí en la vida con nosotros,  
del mismo modo que para nosotros vivos

es a veces muy triste  
no poder visitarlos en su orilla.  
A veces sueño que de nuevo fumo  
con mis muertos.